

LA PLANIFICACION AMBIENTAL

Por BORJA CARDELUS Y MUÑOZ-SECA

Sumario: LA LUCHA POR EL DESARROLLO.—LAS CONSECUENCIAS PARA EL MEDIO AMBIENTE DEL DESARROLLO ECONÓMICO: 1. El concepto estricto de medio ambiente. 2. El concepto amplio de medio ambiente: A) Medio ambiente rural; B) Medio ambiente urbano.—LA ORDENACIÓN DEL TERRITORIO: la reforma de la Ley del Suelo de 1975; la planificación integral y la ordenación del territorio.—LA PLANIFICACIÓN AMBIENTAL.

La lucha por el desarrollo

Durante siglos el hombre ha luchado por la dominación de un medio físico tanto más hostil cuanto el crecimiento vegetativo de la humanidad enfrentaba a ésta con unos recursos limitados, sujetos a una demanda cada vez mayor. Durante un dilatado período de tiempo, la imposibilidad de la mayor parte de la humanidad de acceder a mínimos de subsistencia fue la constante en un mundo que hasta el siglo XVIII no comenzó de una forma efectiva a ser dominado por la tecnología. Aún amplios sectores de la población se debaten en los llamados círculos viciosos de la pobreza, y son sólo algunas privilegiadas naciones, las integrantes del mundo occidental, las que han conseguido traspasar los umbrales de la abundancia.

El instrumento que ha conseguido liberar a un sector de la humanidad de la pobreza ha sido la tecnología, que existió desde los primeros tiempos, pero que no alcanzó un grado elevado de aceleración, sino hasta el siglo XVIII, precisamente después de que en el XVII se sentaran las bases de una profunda revolución cien-

tífica, que un siglo después había de ver el fruto en la revolución industrial.

El desarrollo económico vino tras ella. El siglo xx ha podido contemplar cómo los integrantes de ese favorecido sector del mundo han podido eludir los fantasmas del malthusianismo, que condenaban a la humanidad a navegar siempre sobre el horizonte de la mínima subsistencia, utilizando el arma tecnológica para doblegar al hasta entonces indomeñable espacio físico.

La batalla del desarrollo se ganó, pues, finalmente, pero ha sido a costa de grandes bajas. El proceso incluso prosigue su avance, pese a las voces que progresivamente se levantan contra una evolución del género humano que parece haber perdido su rumbo ante el deslumbramiento de unos logros en el campo de la técnica realmente inimaginables no hace mucho tiempo.

Las consecuencias negativas del crecimiento desordenado se han volcado sobre el individuo que habita en alguno de los países ricos, quien casi de golpe ha descubierto que es una molécula, una pieza más del infinito engranaje. El hombre ha ido perdiendo reductos de poder sobre sí mismo, sobre sus cosas y sus acciones. En un principio era soberano de su trabajo. Realizaba varias funciones y dominaba personalmente el ciclo productivo. Era él quien roturaba los campos, sembraba las semillas, regaba y recogía la cosecha. Era él quien talaba el árbol y producía con la madera pequeños objetos que luego vendía. O también el que tallaba su arco y sus flechas, abatía a los animales y curtía sus pieles. Sabía por qué hacía cada cosa y cuál era la función exacta de cada una de sus acciones en el logro del cometido final.

Muchos siglos después de todo aquello, el hombre de la civilización moderna es generalmente un individuo que, dentro de una grande y compleja fábrica, realiza, repitiéndolo hasta la saciedad, un pequeño acto. Coloca una pieza, siempre la misma, o aprieta infinitas veces una idéntica clase de tornillo. No conoce la procedencia de los materiales que utiliza ni la finalidad de su específico trabajo. Tampoco conoce a las personas que venden los productos en cuya fabricación él colabora. El es una pieza más, como las que incesantemente le vienen de la cadena de la producción. Es una partícula, que dentro de su trabajo no conoce el destino de lo que hace.

En el campo familiar, el hombre ha perdido también muchas funciones. Antes regía los destinos familiares. Enseñaba a sus hijos su propia profesión, preparándoles para valerse por sí mismos. No conocía otra educación que la que él mismo había recibido, y así la transmitía personal y directamente a sus descendientes. Luego apareció el Estado y le arrancó esa función familiar, atrayendo a los hijos para impartirles una educación distinta, con arreglo a moldes sociales prefabricados. El individuo dejó de ser rector de la formación de sus descendientes, perdiendo así una parcela más de poder personal.

La evolución de las relaciones políticas del hombre también ha sufrido un deterioro semejante. En un principio, cuando los hombres se organizaban sobre estructuras tribales, todos ellos participaban de una manera directa en la elección de sus jefes. Decidían asimismo directamente las cuestiones importantes, como ir a la guerra o trasladarse a otras tierras. Cuando el Estado comenzó a tomar consistencia, esas relaciones de carácter inmediato desaparecieron. El número hacía imposible la presencia simultánea de todos los súbditos, por lo que las decisiones políticas había que tomarlas a través de intermediarios, sujetos en un principio a mandato imperativo, hasta que este vínculo desapareció también para transformarse en el actual sistema de mandato representativo, en virtud del cual el ciudadano participa muy escasamente en el proceso concreto de adopción de decisiones. Estas se toman en un estamento muy alejado de él, y solamente le llegan órdenes y decisiones, en cuya formación su voz directa no ha sido oída.

Incluso ha perdido el poder decisorio que le correspondió en un tiempo en la resolución de los asuntos comunales, esto es, en aquellos que le pertenecían en cuanto habitante de un pueblo o de un burgo. La instalación de una fuente o un vertedero, el cuidado de las calles o la aprobación del presupuesto comunal, eran todos ellos asuntos que se decidían en concejo abierto, contando con la presencia y opinión de todos los integrantes de la comunidad. El ciudadano de hoy vive en urbes de cientos de miles de habitantes. Las decisiones que afectan a la vida urbana tampoco le competen a él, sino una vez más a un estamento tan lejano como el propio Estado. No participa ni en la vida ciuda-

dana, ni en las cuestiones comunes, ni tan siquiera en aquellas que afectan a su propio barrio. En algunas ciudades comienza a no participar tampoco en la solución de los asuntos que conciernen a su propia vivienda, como ocurre en los grandes rasca-cielos, regidos por consejos de administración.

El proceso que paulatinamente va llevando al ser humano a la pérdida de la propia personalidad continúa su marcha. Pocos reductos le quedan de los que pueda enseñorearse. La propia intimidad, quizá el último de todos ellos, comienza a hallarse gravemente amenazada por el alucinante desarrollo de la informática. Esta técnica permite obtener de cada individuo un cúmulo de información inimaginable, comprometiendo su propia intimidad. Es sintomático que las legislaciones de los países desarrollados comiencen a contener normas encaminadas a la protección de la intimidad ante el asalto de la informática. Probablemente el esfuerzo será también inútil y el reducto último del hombre sea finalmente conquistado, ya que, desgraciadamente, las barreras que sucesivamente han ido interponiéndose a la tecnología, hasta el momento, han saltado sin dificultad alguna.

Se enfrenta, pues, el hombre a una crisis de identidad. Ha comenzado a ser consciente de la pérdida de sus propios destinos. Observa cómo sus antiguos amarres se rompen, uno tras otro, en un proceso de vaciamiento interior que ha afectado a todas sus raíces, habiendo perdido incluso los vínculos espirituales de carácter religioso, siendo en la actualidad una realidad la crisis de la religión en los países occidentales. Parece como si el hombre de hoy no pudiera ya regirse a sí mismo, como si deambulara indeciso por mundos desconocidos, en los que él, el antiguo *homo sapiens*, el señor de la Naturaleza, no fuera ya sino una olvidada molécula, dirigida por lejanas fuerzas.

En esta evolución la tecnología aparece como desencadenante fundamental del proceso, capaz, en coalición con el consumo, de transformar por entero a la sociedad.

Avances tecnológicos han existido siempre. La rueda, el arado romano, la imprenta y tantos otros, constituyeron fantásticos logros del hombre para dominar el espacio circundante. La técnica ha estado siempre al servicio del ser humano, ha contribuido a liberarle de la miseria, a facilitar su trabajo, a propor-

cionarle mayor rapidez en el transporte. Pero, como señala Iván Ilich (1), no puede olvidarse en ningún momento que la técnica es en última instancia instrumento. Y que cada técnica cuenta con un umbral que no debe ser cruzado, so pena de que se vuelva contra nosotros, de que pase de ser siervo a señor, de instrumento a nuestro servicio a instrumento de opresión. No cabe duda, por poner un ejemplo, de que la utilización de pesticidas y abonos químicos contribuye a incrementar a corto plazo y de manera espectacular los rendimientos agrícolas. Pero el uso intensivo de esos elementos produce, un poco más tarde, la contaminación de las aguas y el cansancio y degeneración del suelo. Es decir, el umbral de ese instrumento técnico ha sido traspasado y se vuelve contra quien lo utiliza. El automóvil contribuye a facilitar el transporte y permite un considerable ahorro de tiempo en los traslados. Pero cuando, como han demostrado recientes estadísticas norteamericanas, el ciudadano medio emplea diariamente cuatro horas en su coche, incluyendo desplazamientos, embotellamientos de tráfico, cuidados por limpieza, averías, así como el tiempo empleado en trabajar para atender sus gastos, puede asegurarse que el automóvil ha traspasado también su umbral de utilidad. Se ha convertido en instrumento dominador que ha dejado de estar a nuestro servicio para dominar una gran parte de nuestra vida.

Los ejemplos podrían multiplicarse y vendrían a demostrar que muchas de las manifestaciones de la técnica moderna han atravesado, o están a punto de atravesar, su umbral respectivo. Es entonces cuando los beneficios empiezan a ser menores que los perjuicios, medidos en términos socioeconómicos. La utilidad, por lo que suponía de concentración de esfuerzos y abarataamiento de costes, de las primeras ciudades, ha sido desbordada por los efectos negativos de las grandes metrópolis actuales, cuyos problemas se acumulan. La ciudad también ha traspasado ya, quizá irreversiblemente, su umbral de utilidad.

La tecnología ha propiciado el vaciamiento del contenido del hombre. Se pensó en un principio que aquélla iba a permitirle liberarle de las servidumbres del trabajo, proporcionándole un

(1) IVÁN ILLICH: *La convivencialidad*. Barral.

aumento de su tiempo libre que podría dedicar al cultivo de sus valores personales, pero no ha sido así. El productor de hoy, utilizando las máquinas, lleva a cabo un trabajo que cincuenta años atrás hubiera requerido el esfuerzo de muchos hombres. Y, sin embargo, no dispone de más tiempo que antes, porque el consumo le obliga a producir más y más, a estar constantemente ocupado en el inútil empeño de satisfacer los deseos del consumo. Casi sin darse cuenta, el hombre occidental se ha convertido en un instrumento más de consumo y de producción. Como productor es una recóndita pieza de la gran cadena transformadora, que desconoce su misión y su utilidad en ella. Como consumidor ha perdido la sensibilidad que le permitía distinguir lo necesario de lo inútil. Consume producto tras producto, la mayor parte de ellos de muy dudosa utilidad. Cifra su éxito y su colocación en la escala social en la obtención de productos de consumo. El capital se encarga de que estos productos sean rápidamente perecederos, bien por envejecimiento prematuro, bien por obsolescencia artificial, al ser sustituidos por otros productos de nuevo diseño. Los artículos reclaman otros artículos y así el proceso se alimenta a sí mismo.

Y en el tiempo del ocio, el individuo no llega a percatarse de que ni siquiera es dueño de su tiempo libre, sino de que vuelve a ser productor, esta vez de un artículo llamado ocio. Así, la televisión, los espectáculos, constituyen otros tantos eslabones del sistema, especialmente la primera, como vehículo transmisor de deseos y apetencias de consumo.

Lo cierto es que esta pérdida general de orientación, de identidad, no es privativa de las sociedades de tipo capitalista. Ciertamente que en los sistemas marxistas el consumo individual ha sido en buena parte sustituido por el consumo público, pero ello no ha cambiado las cosas, ya que el proceso de alejamiento del hombre de su propio yo es idéntico.

En uno y otro tipo de sistema económico se ha perdido el norte que orientaba las decisiones. Si en un principio la producción era guiada hacia el logro de objetivos ciertos, en el momento presente la finalidad de la producción es la producción misma. Y si antes se consumía para sobrevivir o para vivir un poco mejor, hoy se consume por consumir, sin distinción entre pro-

ductos necesarios e innecesarios. Se consume porque todo el mundo consume, cuanto más mejor, y sin saber si esa acción produce o no utilidad individual. Las leyes económicas según las cuales el sujeto comparaba el valor de la unidad monetaria gastada con la satisfacción que le producía el consumo de un bien adicional, lo que se expresaba con el concepto de la utilidad marginal, no tienen ya aplicación alguna, porque el individuo ha perdido la capacidad para la evaluación de los resultados de sus gastos. En el ámbito marxista rige el principio de la producción por la producción misma, y en ella el hombre desempeña un papel tan tristemente insignificante como su congénere del mundo occidental.

Las consecuencias para el medio ambiente del desarrollo económico

1. EL CONCEPTO ESTRICTO DE MEDIO AMBIENTE

Si la evolución que ha experimentado la sociedad occidental en los últimos treinta años pudiera calificarse de «desarrollo», significaría ello que los problemas ambientales que ahora se producen no hubieran tenido lugar, ya que decir que una sociedad se desarrolla implica que avanza y se perfecciona en todos los campos. Pero lo cierto es que el desarrollo se ha limitado a lo económico; no ha existido esa evolución integral de la comunidad; tan sólo ha crecido su componente cuantitativo, y por esta razón la civilización moderna se debate en torno a problemas ambientales de creciente importancia. Como ha señalado Commoner, la degradación del medio ambiente no tiene su origen únicamente en la tecnología, en el capitalismo, en la industria o en tantas otras causas que se han apuntado, sino en el conjunto de circunstancias que conforman el modelo de una sociedad o, más bien, el modelo de vida de una sociedad.

Lo cierto es que los países que han optado por el esquema desarrollista, esto es, el del crecimiento cuantitativo, no han tenido en cuenta las cuatro leyes de la ecología, que cita Commoner: Primera, que en la naturaleza todo está relacionado con

todo lo demás, formando además un tejido especialmente delicado. Segunda, que todo debe ir a alguna parte, es decir, que nada desaparece, sólo cambia de sitio. Tercera, que la naturaleza sabe lo que se hace, y por tanto la introducción en su ciclo de un elemento artificial resultará probablemente perjudicial. Y cuarta, que cualquier cosa extraída del ecosistema por medio del esfuerzo humano debe ser reemplazada.

El olvido sistemático de estos cuatro principios ha traído como resultado que las perspectivas ambientales sean hoy inciertas. La humanidad no ha sido consciente de que el planeta es limitado y de que por tanto no puede ser sometido a una constante y creciente presión sobre sus recursos sin que tarde o temprano la naturaleza nos pase la factura. Algunos escritores hablan incluso del próximo fin de la civilización por «ecocidio» (2), por el sometimiento continuo de la tierra a una tensión que su capacidad autocorrectora no pueda ya aguantar. No es necesario llegar tan lejos, pero sí es evidente que estamos expuestos a un peligro que parece a veces teórico o distante, pero que cualquier día puede materializarse, si se tiene en cuenta por ejemplo la amenaza que supone el enterramiento estanco de desechos radiactivos, cuyo escape podría producir consecuencias de dimensiones desconocidas.

Cuando se habla de degradación del medio ambiente, inmediatamente se piensa en la alteración de la calidad de las aguas, del aire, o en el deterioro del paisaje. Sin agotar el tema, ello responde a lo que puede denominarse concepto estricto de medio ambiente, esto es, la afección del espacio físico. Podríamos distinguir tres tipos de degradación, según el marco receptor: el aire, el agua y el suelo.

La contaminación del aire se produce en las áreas industriales y en las grandes ciudades, siendo en éstas mucho más difícil de combatir, ya que las causas son múltiples y muy variadas. En el espacio atmosférico, el contaminante de mayor peligro viene representado por las emanaciones radiactivas. En este sentido, la información que el público posee acerca de las consecuencias que pueden derivarse de la instalación de una central nuclear es es-

(2) FERNANDO CESARMAN: *Ecocidio; la destrucción del medio ambiente*. Cuadernos de Joaquín Mortiz.

casa y parcialmente distribuida, y es necesario reconocer que en cuanto al manejo de la energía nuclear, los resultados de la técnica no son concluyentes y, como apunta Commoner, no se puede manipular con ella sin afectar a la larga y de algún modo al medio ambiente.

El problema de la contaminación de las aguas es de más difícil solución, ya que la capacidad autodepuradora es en este caso mucho menor al hallarse más limitado el recurso. El origen de la pérdida de sus condiciones naturales estriba en los vertidos de todas clases. Es importante señalar la especial gravedad que reviste la contaminación de las aguas subterráneas, por la mayor extensión de los efectos y por la gran dificultad que supone la depuración. En el sector de las aguas marítimo-terrestres destacan como agentes contaminantes los vertidos desde tierra y desde el mar, así como las temidas «mareas negras».

La degradación del suelo presenta un espectro de perjuicios mayor que en el resto de los sectores. Las áreas boscosas y de montaña se encuentran sometidas a los efectos de los incendios, las plagas y la deforestación por causas naturales o provocadas, lo que conduce a una erosión progresiva y a la formación más aguda de esta, la desertización. La alta montaña, por su parte, se halla presionada por constantes iniciativas urbanizadoras o recreativas, que atentan contra su estado natural y contribuyen a su degradación. A parecidos peligros se ven sometidos los espacios naturales, tanto si constituyen ecosistemas completos como si presentan un interés más específico. Dentro de ellos, las zonas húmedas constituyen recursos naturales de excepcional interés, amenazados en la actualidad de extinción. En nuestro país, su ámbito espacial ha sufrido en el presente siglo un proceso constante de reducción, motivado por una legislación corta de vista que arranca de la centenaria ley de Aguas, y sobre todo de la llamada «ley Cambó», de 1918, aún vigente, que considera a las zonas húmedas como terrenos insalubres, fomentando económicamente su desecación con fines agrícolas. Al amparo de esta legislación se desecaron numerosas áreas. La laguna Antela, de Xinzo de Limia, la laguna de La Janda, las desecaciones parciales de la Albufera de Valencia o de las marismas del Guadalquivir constituyen los testimonios más tristemente significativos

de una concepción equivocada de estas zonas. En la actualidad están consideradas como recursos naturales de primera importancia, en cuanto lugares de descanso o anidamiento de aves migratorias, el mantenimiento de actividades tradicionales, de gran importancia para las economías de la zona, y su gran belleza paisajística, además de los aspectos turísticos, cinegéticos y piscícolas que promueven y que contribuyen a la mejora socioeconómica de la zona. Estas áreas se encuentran amenazadas, aparte la desecación, por el uso progresivo de pesticidas y plaguicidas, por las urbanizaciones y por la intensificación en gran escala de actividades tradicionales.

2. EL CONCEPTO AMPLIO DE MEDIO AMBIENTE

En el apartado anterior se han estudiado los contornos que delimitan al medio ambiente, entendido este en su formulación más usual, aquella que suena a oídos del público. Sin embargo, el concepto va mucho más lejos, al comprender todo aquello que es susceptible de quedar englobado dentro de la expresión «calidad de vida», que no se circunscribe solamente al deterioro físico del espacio, sino que se extiende hacia ámbitos sociales, económicos e incluso psíquicos. El medio ambiente vendría a ser así el entorno vital básico del hombre, susceptible de ser alterado negativa o positivamente, desde muchos ángulos de incidencia.

Los planos de estudio del medio ambiente, en su acepción amplia, están constituidos por las dos clases de formas de vida en que el hombre se desenvuelve: el medio ambiente rural y el medio ambiente urbano. Estrechamente interrelacionado con ambos, el estudio de la distribución de los asentamientos humanos sobre el espacio, objeto específico de la ordenación del territorio, y que luego será objeto de atención.

A) *Medio ambiente rural*

Decir que la gran comunidad rural es el chivo expiatorio de todos los procesos socioeconómicos que acompañan al desarrollo es casi como no decir nada de tanto como se ha insistido sobre

ello. Las estadísticas se encargan una y otra vez de demostrarlo, publicando índices de emigración, de equipamientos agrarios, de renta *per capita*, de paro coyuntural y estructural. Y todo esto es cierto, pero aún hay más datos, que la frialdad técnica de las estadísticas no pueden publicar: la marginación social de los hombres del campo, el individualismo, la desmoralización generalizada, el sentimiento de olvido, de abandono. Todo ello conduce a que el agricultor un buen día haga sus maletas y marche a esa urbe que la televisión o la radio dibujan deslumbrante. Y así se produce la huida de esas gentes, que son auténticas raíces humanas de la naturaleza. Y tras ellos quedará una tierra inerme a la erosión, a la desertización progresiva. Y seguirán inflando el espacio y los problemas de unas ciudades que, vistas de cerca, no ofrecen el brillo que prometían.

Los problemas del medio ambiente rural proceden de muchas causas, y no es posible en este estudio someter todas y cada una de ellas a un examen profundo. Solamente pueden esbozarse algunos de los puntos más negativos. Quizá arranquen todos ellos de una pésima distribución de la propiedad, que como es sabido, casi sin solución de continuidad pasa del latifundio al minifundio. El primero posibilita la creación de explotaciones agrarias económicamente rentables, pero dificulta la mejora socioeconómica general de la población rural al concentrarse los beneficios en pocas manos. El minifundio permite percibir beneficios a un número mucho mayor de personas, pero imposibilita la implantación de explotaciones racionales.

Sobre ese planteamiento viciado de principio existe muy poca investigación sobre la clase de cultivos que precisa cada zona, no existiendo otros criterios que los aportados por la costumbre, ni se produce una adecuada información sobre métodos de cultivo.

Los problemas sociológicos contribuyen de manera fundamental al deterioro creciente del medio ambiente rural. En primer término, la gran inseguridad que produce lo aleatorio de las cosechas, consecuencia de un todavía inmaduro sistema de seguro agrario. El individualismo típico del campo, la falta de movilidad social, la sensación psicológica de marginación, son otros tantos los elementos que contribuyen a que la distancia entre el campo y la ciudad no se aproxime, sino que el vacío separador

sea cada vez más profundo. En el espacio agrario, el acceso a los bienes de la cultura o a los medios sanitarios de que disponen los habitantes de la ciudad, es poco menos que imposible. A ello debe sumarse un defectuoso sistema de comunicaciones, que hace difícil el contacto del hombre rural con otros ambientes.

Los problemas económicos son, quizá, los más conocidos. Reconociéndose la vital importancia de los productos agrícolas, poco se hace para conseguir que los precios de compra al agricultor y los precios de consumo se aproximen lo más posible. La diferencia entre ellos se duplica, varias veces, quedando el valor añadido en manos de intermediarios que no sufren la incertidumbre diaria del campesino ni el fatigoso trabajo que exige su labor. La defectuosa comercialización de los productos tiene la culpa de que el máximo valor añadido no se quede en el sector primario.

Ese aislamiento, esa continua frustración, esa inexorable y a veces perdida lucha contra los elementos naturales, producen en definitiva la marcha del agricultor hacia atractivas urbes, paradigma del progreso, donde el inmigrante busca su propia identificación. Es ajeno a lo que le espera. Ignora que el brillo de la ciudad empieza y termina en los reflejos de los cristales de sus edificios. Dentro de ella se desarrolla una forma de vida que, aún más que en el campo, ha conseguido arrancar al hombre de su propio yo.

B) *Medio ambiente urbano*

Poco queda ya de aquella ciudad primitiva que, como decía Aristóteles, «se podía abarcar con la mirada». La ciudad persiguió en un principio tres tipos de propósitos: la protección mutua de sus habitantes, la facilidad de las transacciones y la comunicación social. La comunicación se realizaba en la calle, que era el lugar de diálogo, de convivencia. En la actualidad ese diálogo no existe, lo hace imposible el tumulto de unas metrópolis enrarecidas por el ruido, el tráfico o el apresuramiento. El número de sus habitantes se ha incrementado en tal forma, que cada uno de ellos carece de significancia. Los protagonistas de las calles no son ya los hombres, sino los automóviles. Aquéllos

no buscan más la comunicación dentro de la urbe, sino el aislamiento, y así procuran instalarse en viviendas lo más alejadas posible de la vida ciudadana. Pero entrar en ella cada día es algo inevitable. Sufrir su tráfico, aspirar sus humos, ofender a la vista con edificios impersonales. Tratar de buscar los fines de semana el contacto con la Naturaleza, y no encontrar sino cementerios de basuras, páramos inhóspitos, generalmente cercados, y urbanizaciones por todas partes. Y a la vuelta reaparecen los problemas de tráfico, y al día siguiente, cientos de minutos aferrados al volante, yendo de un lado para otro, como aquel muchacho de la novela de Budd Shulberg ¿Por qué corre Samuelillo?, que corría sin parar, tan apresurado siempre por llegar, que ha olvidado adónde se dirige. En la ciudad todo ha comenzado a perder su sentido. La familia se ha transformado, ha pasado de extensa a nuclear, y aún sigue reduciéndose con la cada vez más temprana marcha de los hijos. Esa antigua familia sabía dar a cada uno de sus componentes una función. Los ancianos, cuando no servían para el trabajo activo, eran dedicados al cuidado de los niños o alimentaban a los animales. Recibían cuidados y atenciones médicas por parte de la propia familia. Era, en definitiva, la solidaridad social. En la ciudad ese término ha desaparecido, sustituido por el de seguridad social. Los que alcanzan la edad de jubilación no tienen cabida en hogares pequeños, en donde la comunidad familiar se compone, en el mejor de los casos, de los padres y de unos —pocos— hijos. Los ancianos serán recludos en «unidades gerontológicas» o confinados en recónditos pisos situados en edificios de muchas plantas y recibirán una subvención estatal. No sirven ya y ellos lo saben, lo que contribuye a su más rápida desaparición. Al fin y al cabo eso es lo que a la sociedad le interesa, porque la tercera edad es una clase de productividad nula y modestísimamente consumidora.

Los que aún no han llegado a ella alimentan constantemente el ingente mecanismo. Ya se han acostumbrado a no tomar parte alguna en las decisiones comunitarias. Simplemente viven y dejan vivir. Han aprendido muchas cosas en la escuela, el colegio o la universidad, pero apenas llegan a percibir que han olvidado otras. Por ejemplo, qué hierbas utilizar en caso de enfermedad,

cómo saber encontrar agua, cómo pronosticar el tiempo por el color del cielo. Quizá no tenga hoy mucho sentido saber eso, pero quizá no lo tenga tampoco recibir el cúmulo de conocimientos en gran parte inútiles que desde temprana edad se imparten.

La ciudad, en otro tiempo vehículo de comunicación de gentes, razas y costumbres distintas que venían a entrecruzarse en ella, acabó por filtrar a sus habitantes a través de un mismo e incoloro tamiz.

No hay cosa tan parecida a otra como las ciudades modernas. Ya dentro de cada una, poco a poco van perdiéndose las notas que distinguen unos barrios de otros. El rasero de la civilización no permite exclusiones, ni en las cosas ni en los hombres, que al final en lo esencial serán inidentificables unos de otros, como los cuerpos calcinados. Y aún hay que decir que a esa privilegiada indiferenciación llegan los que consiguen superar la durísima prueba de la competencia dentro de la ciudad, prueba de la que, o bien se sale vencedor y se ingresa en las huestes del ejército de indiferentes, o se acaba confinado en hostiles callejones condenados a engrosar las filas del paro o de la delincuencia.

La ordenación del territorio

La reforma de la Ley del Suelo de 1975

Generalmente, la necesidad de ordenar el territorio se produce una vez que el país ha alcanzado un cierto nivel de desarrollo. Durante ese proceso, conocido por los economistas como la etapa de despegue, los recursos productivos son empleados indiscriminadamente, buscando exclusivamente la máxima rentabilidad, y sin que el Estado haga otra cosa que facilitar el proceso. Se acepta que el país no puede dedicar ni una sola molécula de su capacidad económica en replantear el modelo y, mucho menos, en desacelerarlo. Toda la potencialidad de la nación se concentra sobre el improbable esfuerzo de salir de la pobreza, buscando la fase más cómoda del desarrollo autosostenido.

Una vez que éste se produce, es posible ya mirar alrededor y planificar el futuro. En torno se levanta un país que ha con-

seguido vencer el reto del crecimiento, pero también aparecen las temibles consecuencias de éste: el fenómeno urbano, los procesos migratorios masivos que dislocan el marco social y físico de los asentamientos humanos, la degradación de la calidad de las aguas y del aire, la destrucción del paisaje y de los recursos naturales, la nueva forma de vida, el consumismo, la especulación sobre el suelo, sobre los alimentos y tantas otras secuelas de un proceso que rápidamente modifica las pautas tradicionales de comportamiento y reduce al hombre a la condición de pieza al servicio de la producción, alejándole de su anterior posición dominadora del proceso productivo e incluso de sí mismo.

La ordenación del espacio pretende en última instancia reorientar la actividad humana, procurando lograr una mayor armonía general. En el plano regional tratará de corregir los fuertes desequilibrios producidos por el crecimiento, beneficiando a las zonas menos favorecidas, desviando recursos de las privilegiadas. Organizará los usos del suelo asignando su distribución en función de las demandas, de tal manera que el coste social o las disfunciones sociales de esas demandas sean mínimas. También procurará guardar el debido equilibrio entre el uso consuntivo de la tierra y el no consuntivo, garantizando la creación de reservas naturales.

En última instancia, lo que interesa retener de la ordenación del territorio es el hecho de que pretende reconducir toda la capacidad productiva del país hacia la utilización racional del suelo, pero, y esto es lo que la diferencia de la planificación ambiental, no persigue la formulación de un modelo de desarrollo alternativo. Consiste simplemente en un desarrollo económico más racional tratando de que produzca el menor número posible de disfunciones.

En esta línea se configuran los esquemas de ordenación territorial introducidos por vez primera en nuestra legislación por la reforma de la Ley del Suelo de 2 de mayo de 1975, mediante la figura de los Planes Directores Territoriales de Coordinación.

No cabe duda de que esta fórmula ha supuesto un importante avance en la ordenación racional de los usos del suelo, dejada hasta entonces en manos de muy distintos organismos, cada uno con sus finalidades específicas y, sobre todo, con miras puramen-

te desarrollistas, sin que existiera hasta la fecha ni una visión de conjunto del territorio ni una perspectiva distinta de la puramente cuantitativa.

La figura de los Planes Directores ha quedado, sin embargo, a medio camino de lo que pudiera haber sido una completa formulación legal de la planificación territorial. El modelo presentado, aunque satisfactorio, si se considera el vacío legislativo existente hasta la fecha sobre el tema, adolece de defectos que llevan a pensar que en realidad su formulación legal no era demasiado consciente de la importancia de la figura, ni tampoco de lo que, en definitiva, se pretendía con ella. La redacción denota que es el compendio de varias disposiciones europeas sobre la materia, y muy concretamente un remedo de la Ley suiza de ordenación del territorio. Ello ha motivado que la configuración de los Planes Directores en la Ley del Suelo sea completamente aséptica, instituyendo una figura que puede ser válida para cualquier país, cuando lo procedente hubiera sido crear un instrumento específico para nuestro territorio, que presenta problemas propios y que, por tanto, requiere soluciones específicas.

La limitación quizá más importante de los Planes Directores es su adscripción al marco físico del territorio. Como se ha visto anteriormente, las consecuencias del crecimiento económico afectan en gran manera al espacio territorial, produciendo la degradación del suelo, así como la utilización irracional del mismo, pero en buena parte también alcanzan a otros ámbitos que no son físicos, sino sociológicos, estructurales, etc., como se puso de relieve al examinar la delimitación de los conceptos de medio ambiente rural y urbano. Los Planes Directores se quedan en la superficie, sin ahondar en la reforma de las profundas disfunciones sociales y de calidad de vida que provoca el desarrollo. No poseen capacidad para resolver los problemas de alienación, escasa participación y falta de identidad, entre otros, que afectan a la vida ciudadana. Ni busca soluciones a la falta de movilidad social o a la marginación que se produce en los núcleos rurales.

Los Planes Directores son asépticos en el sentido de que no toman partido por una u otra fórmula de utilización del suelo. Únicamente se limitan a señalar que éste debe ser distribuido según los usos y las necesidades, pero sin decidirse por uno u

otro modelo de distribución. En el importante tema del suministro de energía tampoco aclara que las fuentes energéticas hayan de ser «duras» o «blandas», ni que en el abastecimiento de agua haya de procurarse el máximo ahorro del recurso. En suma, se limita a enunciar una serie de problemas, que ni agotan todos los existentes ni se da opción a un uso del territorio más racional. Solamente en el apartado relativo a las medidas de protección que hayan de adoptarse para la conservación del suelo, de los demás recursos naturales y a la mejora del medio ambiente natural, parece existir un principio, de todas formas ambiguo y desvaído, de beligerancia en pro del uso humano de los recursos. Pero, en líneas generales, el modelo es insuficiente y desde luego permite un desarrollo del Plan tanto proteccionista como desarrollista.

Finalmente, el esquema legal presenta otro importante defecto, relativo esta vez al procedimiento para su elaboración. Una decisión que tantas consecuencias ha de conllevar para todos los habitantes, ha de contar con una participación directa de los ciudadanos en su elaboración. La formulación de los Planes Directores es, sin embargo, sumamente oficialista, y en ella los intereses directamente afectados tienen una intervención muy mediatizada que no produce el efecto positivo de que el Plan, antes de su aprobación, sea ya conocido y aceptado por la mayoría de los intereses en juego.

La planificación integral y la ordenación del territorio

Entre la ordenación del territorio y la planificación ambiental existe un eslabón constituido por la planificación integrada, quizá la forma concreta en que la ordenación se manifiesta o, al menos, su forma más elemental.

Las actuaciones sobre el territorio se llevan a cabo en la actualidad desde múltiples puntos de vista sectoriales, y en mayor o menor medida todos ellos inciden sobre la organización del espacio. En nuestro país la planificación sectorial es desarrollada por casi todos los departamentos ministeriales, con el resultado de que cada uno de éstos tome sólo un aspecto del territorio, a veces un simple matiz, para desarrollar sobre él una acción que

en el mejor de los casos no afectará al resto de la actividad planificadora, aunque lo más corriente será que muchos de los planes se entrecrucen, se superpongan o sean incompatibles. De lo último hay ejemplos en los últimos años. A veces la desconexión a la hora de planificar ha llevado a que cuantiosas inversiones realizadas hubieran sido innecesarias de haber existido una coordinación previa. O incluso que el esfuerzo hecho deba abandonarse en favor de otro proyecto preferente. Se ha dicho que el trasvase Tajo-Segura hubiera podido ser evitado investigando las aguas subterráneas de la cuenca del Segura. La prevista inundación de los pinares de Valsain, felizmente, ha sido impedida por parecido motivo. Las inversiones efectuadas hasta la fecha por el IRYDA en la zona Almonte-Marismas se encuentran en trance de ser abandonadas en beneficio de la protección del insustituible parque de Doñana.

Si se tiene en cuenta el esfuerzo planificador que, según la vigente legislación, se lleva a cabo, se deduce que los supuestos teóricos de contradicción entre ellos son muy abundantes. Existe, en primer término, una planificación urbana que se desarrolla sobre ámbitos regionales y locales. Existe asimismo la planificación agrícola con varias ramificaciones: concentración parcelaria, ordenación rural, ordenación de explotaciones, grandes zonas regables, etc. Hay también, y crecientemente, una planificación hidrológica que afecta al abastecimiento de agua en función de las demandas y, en parecidos términos, una planificación energética.

Muy importante es también la de las vías de comunicación, que se concreta en los planes de autopistas, de carreteras nacionales, comarcales o regionales. Y también la planificación forestal, con los planes de repoblación, de ordenación de montes y otros, así como la programación de creación de espacios naturales, como parques nacionales, paisajes naturales, parques naturales o reservas de interés científico.

Un lugar preeminente dentro del desarrollo económico lo ocupa la planificación industrial, que hasta la fecha se ha concretado en zonas de preferente localización industrial, polos de desarrollo, polígonos de preferente localización industrial, así como grandes áreas de expansión industrial. Dentro de este mismo

capítulo podrían ser incluidas las llamadas actuaciones de coordinación y fomento de creación de infraestructuras y servicios, o las comarcas de acción especial, dentro de los Planes Provinciales, que constituyen otra modalidad de planificación sobre el territorio.

La acción planificadora expuesta, con ser ya muy abundante, no termina, ya que existen otras actuaciones menores, como la planificación turística, con los centros y zonas de interés turístico; la minera, concretada especialmente en las acciones del Estado sobre las zonas de reserva y en los planes de abastecimiento de recursos minerales.

La organización administrativa actual, basada en la separación por sectores, favorece el hecho de que en el planeamiento apuntado existan múltiples puntos de fricción, de lo que son muestra los ejemplos citados anteriormente. En cualquier caso, inexorablemente se produce una considerable dilapidación de esfuerzos, ya que supone un coste adicional grande el replanteamiento o archivo de los proyectos por razón de incompatibilidad. Cuando las acciones de diversos sectores de la Administración inciden sobre los mismos puntos, ya que el territorio es limitado, es inevitable que la yuxtaposición se produzca. Y de ello a la incompatibilidad sólo hay un paso. La causa estriba en que en el momento de planificar, quien lo hace no tiene a la vista la actividad planificadora de los demás sectores, precisamente por la rígida división administrativa existente, que los mecanismos de coordinación son incapaces de vencer. Cada organismo lanza, pues, su propio programa y a la larga se impondrán aquellos proyectos que tengan un mayor respaldo económico, político o personal de quien los apoya.

Lo cierto es que todavía no ha sido suficientemente asimilado que las acciones sobre el territorio son interdependientes y que, como en una fina red, al mover un hilo, se mueve toda la malla. ¿Qué utilidad tiene, por poner un ejemplo, que se programe la construcción de la autopista Cádiz-Huelva, cuando otro organismo distinto había previsto en ese trazado la constitución de una zona de reserva natural? El resultado más probable será el archivo del proyecto de la primera, con la consiguiente dilapidación del esfuerzo económico que supuso su realización.

La planificación integrada vendría a resolver el problema de la desconexión. Forzaría a todos los departamentos y sectores cuyas actuaciones pueden afectar al territorio, a programar su actividad con prisma de futuro, resultando finalmente un plan conjunto que seleccione aquellos proyectos y aquellas ubicaciones que extraigan la máxima utilidad en el uso del suelo y en los recursos económicos. Esta forma de planificación se aproxima mucho a la ordenación del territorio, debe considerarse imprescindible en una política global de utilización del espacio físico. Carece, sin embargo, del sesgo particular que posee la planificación ambiental, objeto inmediato de consideración.

La planificación ambiental

Una moderna corriente doctrinal augura un futuro incierto para la humanidad si las fuerzas productivas, apoyadas en una tecnología devastadora, continúan alterando los ecosistemas en sus continuas demandas a la Naturaleza. Como sucede en el cuento de la gallina de los huevos de oro, puede producirse el holocausto del género humano, el «ecocidio». La acción del hombre se ha dirigido en derecho a la destrucción del medio ambiente, y eso tanto en el mundo capitalista como en el marxista. Decía Marx que el capitalismo provoca la degradación del medio ambiente, ya que la producción por la producción misma constituye el instrumento más eficaz para agotar las posibilidades naturales del planeta. Consideraba que únicamente la alternativa socialista era capaz de evitar el ingente despilfarro occidental, contribuyendo así a la conservación del entorno natural. Marx, sin embargo, se equivocaba, ya que la sustitución de un capitalismo individual por un capitalismo de Estado no garantiza sin más la protección del medio, ya que los objetivos de producción, industrialización y explotación de recursos naturales son idénticos en uno y otro modelo de sociedad.

Se precisa más bien un cambio de mentalidad acerca de la forma de vida, que hasta el momento sólo ha sido asumida por países como Birmania o China continental, en los cuales la conservación de sus valores tradicionales y de sus recursos naturales

se mezcla con motivaciones profundamente religiosas. El resultado ha sido que estos países han desechado desde el principio el modelo desarrollista y, sacrificando un crecimiento económico que podía ser mucho más rápido, han preferido no desprenderse de todo aquello que se encuentra enraizado en su historia milenaria, su vida, sus costumbres y su entorno natural, y ello sin renunciar a los progresos de la tecnología moderna, que ha brindado al país la posibilidad de liberarse o disminuir el azote de las inundaciones de los grandes ríos. La técnica y la industria son aceptadas, pero con extraordinaria cautela, eligiéndose siempre la ubicación que menos repercusiones tenga sobre los recursos naturales. China en especial representa, hasta este momento, el modelo de desarrollo lento, pero equilibrado, ordenado, humano en definitiva, aunque para ello han tenido que sacrificar muchas otras cosas.

Pero este modelo de evolución responde a una determinada forma de actitud ante la vida, y por ello no tiene parangón en los países del área socialista. Los desmanes ecológicos de la Unión Soviética son tan desaforados como los que puedan producirse en cualquier país capitalista. Ciertamente, en estos últimos el proceso ha sido más acelerado, pero ello se debe simplemente a que en éstos el crecimiento económico ha sido, en general, más rápido y ha contado, además, con un motor de alimentación del sistema tan poderoso como el consumo individual. Y, curiosamente, en las decisiones de los particulares acerca de la demanda de bienes de consumo los propios consumidores influyen bien poco, ya que la mayoría de las grandes decisiones se adoptan en el seno de los grupos económicos, que son los que realmente dominan el mercado, pese a las ideales formulaciones del economicismo clásico de Adam Smith y de la profusa legislación dictada para evitar la presión y excesiva influencia de estos grupos. Aunque el consumidor crea lo contrario, en sus manos no queda casi ni un ápice de las decisiones. El qué, el cómo y el para quién se produce, las tres preguntas de oro de la economía ortodoxa, no son respondidas por el individuo, a quien Adam Smith creía soberano de las fuerzas del mercado. Estas se encuentran en otros estamentos, que son quienes lanzan al mercado los productos y los sustituyen cuando conviene, creando demanda arti-

ficialmente, utilizando para ello los medios de comunicación, la propaganda y todo el amplio surtido de recursos con que cuenta la técnica de ventas. Y así, manipulados, traídos y llevados en lo económico, los individuos llegan a convertirse en los «átomos egoístas», de que habla Murray Bookchin (3).

En última instancia, la causa fundamental del actual estado de cosas estriba en el modelo de crecimiento elegido, basado en una tecnología que propicia los beneficios económicos a corto plazo, produciendo costes ambientales a largo. Existe otra clase de tecnología, la de los costes económicos a corto y los beneficios ambientales a largo plazo, pero no es ésta la que se ha utilizado. El problema radica, pues, en el uso humano de la técnica, en la dirección que se le ha hecho tomar. Como ha expresado Cammoner (4):

«Las tecnologías productoras que influyen intensamente en el medio ambiente han desplazado a otras menos destructoras. La crisis del medio ambiente es el resultado inevitable de esta pauta antiecológica de desarrollo.»

La economía ha sido precisamente la ciencia que ha orientado esa dirección de la técnica. Como ha puesto de relieve Schumacher (5), su estrechez de miras, al reducir todas las consideraciones a números, ha producido ese crecimiento en términos cuantitativos, que no ha tenido en cuenta otros costes que los puramente económicos. Sería necesario, pues, introducir una nueva dimensión en la economía, la dimensión ambiental, de tal manera que los costes ambientales tuvieran cabida.

Por el momento, la tecnología, además de producir consecuencias ambientales muy negativas, produce otro efecto, reiterado recientemente por el premio Nobel de Economía Wasily Leontieff: expulsa mano de obra. Con el agravante de que, en una primera fase, consigue atraer mano de obra del sector rural con la promesa de unas mayores remuneraciones. Pero tan pronto como aparecen situaciones de crisis, la tecnología acredita su artificialidad, llevando a las oficinas de colocación a miles de

(3) MURRAY BOOKCHIN: *Por una sociedad ecológica*, G. Gili.

(4) BARRY CAMMONER: *El círculo que se cierra*, Plaza y Janés.

(5) E. F. SCHUMACHER: *Lo pequeño es hermoso*, H. Blume Ediciones.

personas. El paro viene a demostrar, sin más ejemplo, el fracaso de la tecnología moderna como fórmula para conseguir una forma de vida mejor.

A la vista de todo lo anterior, el momento actual de las sociedades desarrolladas ofrece unas perspectivas muy desalentadoras. El deterioro de la calidad de vida, la pérdida progresiva de la propia identidad, la alienación, el consumismo, son todos ellos problemas de envergadura que requieren soluciones urgentes. Aunque existen sectores para quienes el futuro no debe presentarse en términos tan pesimistas, ya que aseguran que en el hombre existen fuerzas de carácter homeostático que le llevan a reaccionar instintivamente cuando existe peligro, produciendo la acción precisa para el restablecimiento del equilibrio amenazado. Quizá estemos pulsando ya la nota más aguda de la escala ambiental, tras recorrerlas todas, y al no poder subir más, la nota de una más humanizada forma de vida se avecine, aunque, desde luego, se corre el peligro de que antes de que se alcance se rompa el cristal delicado de la Naturaleza. Una reacción está en marcha, bien ostensible en las nuevas generaciones que han nacido con el consumo. Los movimientos ecologistas proliferan, como sentimiento unánime de rechazo hacia los valores artificiales instituidos. En Japón se anuncia ya el abandono por parte de la juventud del coche y de la máquina fotográfica. El concepto de «revolución proletaria», arquetípico bagaje de la dialéctica marxista, no tiene ya cabida en las sociedades desarrolladas, trasnochado y desbordado por una nueva revolución que comienza a atraer adeptos, la «revolución vital», es decir, la obtención de una mejor calidad de vida en todos los órdenes.

Las soluciones propuestas para ello no pueden ser más distintas. Se habla, por una parte, de que la crisis que atraviesa hoy la humanidad, manifestada en problemas de desabastecimiento de materias primas y destrucción del medio ambiente, debe ser resuelta a base de una fuerte centralización a nivel mundial de las decisiones de producción. Equivaldría a ordenar el territorio a gran escala señalando áreas industriales, agrícolas, etc., de tal modo que los riesgos de desabastecimiento se redujeran mediante la compensación a esa escala y los peligros de la producción industrial pudieran ser controlados, aislándolos en algunas gran-

des zonas. El programa mundial produciría además el equilibrio progresivo entre áreas desarrolladas y subdesarrolladas, eliminando en éstas el fantasma de la penuria de recursos.

La otra postura se encamina por derroteros bien distintos. La humanidad, se dice, ha llegado a alcanzar un extraordinario grado de complejidad. Es mucho lo que se necesita para mantener el sistema de vida en las sociedades desarrolladas. Cualquier pequeño suceso, cualquier desmayo de la técnica, puede provocar descomunales consecuencias en una comunidad acostumbrada a que todo sea tan fácil como pulsar un botón. El apagón de una ciudad como Nueva York, la falta de abastecimiento de productos alimenticios a una gran ciudad durante algunos días, o el simple encarecimiento—qué sería si dejara de suministrarse—del precio del petróleo, una huelga del servicio de recogida de basuras, son pavorosa muestra de lo inerte que se encuentra la sociedad ante los instrumentos que ella misma ha creado. Como ha señalado Iván Illich, las herramientas, que en un principio fueron instrumento en poder del hombre para la dominación de las fuerzas naturales, se han convertido en dominadoras por sí mismas. La mayoría apunta a la tecnología como la causante de una gran parte de los problemas, al tiempo que se le exige que provoque el restablecimiento de un mejor estado de cosas. Existe en el campo del medio ambiente un principio según el cual el causante de un deterioro ambiental debe responsabilizarse de su reparación. Es el conocido principio «quien contamina paga», cuyo cumplimiento se exige ahora a la tecnología. Puesto que ésta ha provocado la degradación general del medio, debe ahora contribuir a su restauración. Debe, en definitiva, reorientarse hacia la búsqueda de soluciones cualitativas. Realmente en la actualidad hay pocas cosas que técnicamente no puedan conseguirse. El problema generalmente es de coste económico, pero no de viabilidad material. La energía solar puede ser utilizada. Las aguas del mar, potabilizadas. Existen procedimientos que permiten recuperar los recursos minerales que se esconden entre los montones de vertederos. Lo que ocurre es que en cualquier caso las inversiones requeridas ofrecen poca rentabilidad inmediata, y por ello se acude a otros sistemas menos costosos. La tecnología, durante los últimos doscientos años,

ha sido empleada en misiones que ofrecían resultados cuantitativos, y es tiempo ya de que cambie de rumbo. Se habla del uso ecológico de la técnica, de la «ecotecnología», utilización de aquélla en proyectos que mejoren la calidad de la vida. Es lo que Illich ha denominado el uso de «herramientas convivenciales», entendiendo por convivencialidad «la libertad individual, realizada dentro del proceso de producción, en el seno de una sociedad equipada con herramientas eficaces», aquellas que pueden ser dominadas por los hombres, sin que asome el proceso inverso.

No se trata de desprenderse de la técnica para volver al salvajismo primitivo. Nadie puede dejar de reconocer las aportaciones inmensas de aquélla para doblegar la dependencia de las leyes naturales a fin de conseguir asegurar el eterno problema de la diaria subsistencia y para mejorar múltiples aspectos de la vida del hombre, que sin la ayuda de instrumentos de alta capacidad hubiera sido empresa imposible. Quienes no lo han vivido no pueden imaginarse la ferocidad de una vida pendiente de la lluvia, del sol o de la eventualidad de catástrofes naturales. Acostumbrados a la facilidad del transporte en automóvil o en avión, o a dominar el carácter cambiante de los cursos de agua, somos muy proclives a pensar en lo idílico de una ciudad sin ruidos, sin agobios, de una bucólica vida rural sin fábricas, sin contaminación, en la que cada uno tendría tiempo para desarrollar su propia creatividad. El ecologismo moderno frecuentemente se deja llevar de tales ensoñaciones y augura un «mundo feliz» comunitario-rural, en el que cada uno se sintiera plenamente realizado. Todo esto es utopía, y por ello vale más proyectar un uso adecuado de la tecnología moderna, que dejarla de lado. La «ecotecnología» vendría a ser el uso humano de aquélla, el abandono de los objetivos exclusivamente cuantitativos, en pos de los cualitativos. La humanidad, se dice, debe redistribuirse buscando progresivamente la formación de comunidades altamente autónomas. La tecnología básica quedaría confinada y aislada en zonas concretas. La estructura humana iría descentralizándose hacia esas comunidades, «ecocomunidades», núcleos de población no demasiado extensos que utilizarían «herramientas convivenciales» propiciadas por el giro tecnológico cualitativo. El aprovechamiento de las fuentes naturales de energía

como el sol, las mareas o el viento, es decir, la tecnología, se regionalizaría, buscando su adaptación a cada medio concreto, en lugar de que, como ahora ocurre, la técnica produzca la uniformización de todos los medios. La ecocomunidad perseguiría el logro del principio de conservación de la variedad, que rige también para el mundo biológico, como ha puesto de relieve Charles Elton, quien ha podido demostrar que cuanto más rico en especies animales y vegetales es un ecosistema, más inmune se encuentra frente a la agresión de agentes extraños. Cuando la variedad disminuye, el ecosistema se vuelve más indefenso ante los elementos que pueden destruirlo.

La moderna ecología sostiene que los problemas ambientales que nos amenazan sólo pueden resolverse mediante la creación de las ecocomunidades, que adoptarían métodos de producción y de cultivo agrícola poco intensivos en capital y con tendencia hacia el autoconsumo, aunque desde luego sin excluir los intercambios comerciales y la recepción de productos industriales. El habitante de estas comunidades dispondría de mayor tiempo para la imaginación, la creatividad, los valores artísticos. Porque, se arguye, el hombre-ciudadano ha perdido la capacidad imaginativa, que siempre formó parte de su patrimonio. Tiene la culpa la monotonía del trabajo diario, el exceso de información embotellada que llega cada día al individuo, el exceso también de formación intelectual previa. Todo ello ahoga la natural creatividad del hombre antes de que pueda empezar a apuntar.

En buena parte ha desaparecido la intuición, el genio. Los grandes descubrimientos científicos no provienen ya del talento individual, sino del procesamiento en ordenador de miles de datos estadísticos. Hay muchos más seres que antes, pero los contornos nítidos que antes los definían y hacían de ellos mundos distintos se desdibujan poco a poco. La sociedad de hoy ha elegido un modelo *standard* y produce cientos de miles de copias humanas, los «átomos egoístas» de que habla Bookchin. Los países, las ciudades, los edificios, los hombres, han sido uniformados. A través de las ecocomunidades se pretende proteger el principio de variedad y devolver al hombre el tiempo libre, el tiempo que desapareció con el imperio griego y que servía a sus ciudadanos para la contemplación, el pensamiento y el diálogo.

Las comunidades permitirían además a sus habitantes participar de una manera inmediata en los asuntos políticos, esto es, en los asuntos colectivos, conociendo directamente a los responsables de las decisiones, participando directamente, sin representantes, en las discusiones, ejerciendo, en suma, la democracia en su forma más prístina.

Hay mucho de sueño y mucho de imposible en los planteamientos del moderno ecologismo. Pero las ensoñaciones no deben impedirnos buscar soluciones al empeoramiento galopante de la calidad de vida. De alguna forma el reencuentro con la Naturaleza es imprescindible, sin querer decir que todo el mundo debe dejar las ciudades y marchar al campo. Pero se ha roto alguno de los hilos del equilibrio humano y posiblemente haya de ser buscado en el mundo natural. Y en ese mundo probablemente se encuentre el hombre con otras cosas perdidas y olvidadas, pero no muertas, y aprenda así a seleccionar su consumo, su formación, su trabajo y pueda volver a deleitarse en la realización de su ser.

Hasta entonces debe recorrerse un largo camino, y es difícil que pueda darse el primer paso, el que vendría constituido por lo que puede denominarse la planificación ambiental. Se centra ésta sobre todo en el ámbito rural, aunque no se excluye la posibilidad de una planificación ambiental urbana, que en este estudio no va a ser objeto de consideración, básicamente porque si la actuación en el ámbito rural tuviera éxito, se erigiría éste en foco de atracción de las castigadas gentes de las urbes, con lo que el problema de éstas comenzaría a solucionarse.

La planificación ambiental tiene un objetivo elemental: acercar a los hombres del campo, de los núcleos rurales, a su propio entorno, para de esta manera enraizarles profundamente en él y evitar no sólo su marcha a las ciudades, sino la íntima satisfacción de una forma de vida mucho más completa. Las raíces de esos hombres las forman el entorno que les rodea, sus bosques, sus ríos, sus recursos naturales o su trozo de costa. Pero todo eso generalmente no les pertenece, es dirigido por centros que viven alejados de todo ello, y los habitantes de cada zona sólo pueden ver cómo aquello que les rodea les es arrancado y pasa ante ellos sin dejar rastro alguno. La planificación ambien-

tal considera que es necesario hacer un gran esfuerzo por aproximar a los hombres a sus propios recursos buscando, en definitiva, una mejor calidad de su vida. Su óptica es regional y considera todos los elementos que componen el medio ambiente rural, antes examinados. Debe estudiarse, en primer lugar, el sistema de propiedad de la tierra y modificarlo hacia otros que produzcan óptimos de explotación, tal como hace actualmente la concentración parcelaria. Al mismo tiempo debe investigarse acerca de la idoneidad de los terrenos de cara a unos u otros cultivos, y extenderse la información necesaria acerca de los más adecuados. El progresivo acercamiento de los recursos a los hombres pasa por la necesidad de que los productos agrícolas no salgan de la región en su primitivo estado, sino que deben buscarse fórmulas que dejen un mayor valor añadido en la zona considerada, como unidades de primera transformación de productos agrícolas, haciendo uso de la llamada «tecnología intermedia», a que luego se hará referencia. La comercialización adecuada de los productos, mediante la creación de cooperativas u otros sistemas, puede también contribuir al proceso aludido.

El arraigo de los individuos a su entorno exige la posibilidad de que éstos puedan contar con equipamientos culturales y sanitarios mínimos, que reduzcan la distancia campo-ciudad que se produce en estos aspectos. Lo mismo cabe decir de los servicios administrativos que sufren de una elevada centralización en la capital de la provincia o en la de la nación. Del mismo modo que se ha conseguido hacer llegar a todos los rincones servicios como el teléfono o el correo, deben estudiarse fórmulas que eviten que el hombre del campo deba acudir a la ciudad para resolver gestiones. El intervencionismo administrativo ha producido que el agricultor esté sometido a la necesidad de solicitar múltiples permisos para llevar a cabo sus actividades tradicionales, como plantar frutales o quemar los rastrojos. El agricultor no tiene la culpa del exceso de injerencia de la Administración, y por ello no debe sufrir sus consecuencias. Hay soluciones para ello, como la implantación de oficinas ambulantes de servicios administrativos u otras fórmulas que la imaginación burocrática debe producir, acostumbrándose a pensar en que sus medidas discriminan en cuanto sus efectos, ya que en tanto al hombre

de la ciudad le producen simplemente molestias adicionales, al agricultor le obligan a efectuar continuos y largos desplazamientos que contribuyen a hacerles incómoda la vida en el campo, propiciando así la emigración.

En el ámbito de los recursos naturales hay mucho por hacer, y en buena parte debe hacerlo una legislación que promueva la participación de los habitantes de la zona en los recursos que se extraigan. Debe procurarse que la explotación de sustancias minerales, el aprovechamiento de la caza y de la pesca o las cortas forestales dejen alguna compensación, aparte la mano de obra, en la propia zona que los produce. Porque existe para ello un derecho no escrito, un derecho histórico de esos habitantes a participar en los beneficios que procedan de su entorno natural. Lo mismo cabe decir de los denominados espacios naturales, que constituyen una creciente fuente de riqueza ante la necesidad que producen para los individuos de las grandes urbes. La legislación que los regule debe tener en cuenta que una buena parte del rendimiento que produzcan ha de repercutir sobre la zona.

Los recursos hídricos, uno de los más importantes elementos de la Naturaleza para el hombre, deben pasar también por el tamiz de la ordenación conjunta. El abastecimiento en la zona debe ser estudiado con el fin de procurar el máximo ahorro del recurso, procurando su reutilización, de forma que el desperdicio de agua quede fuera de lugar. La creación de comunidades de regantes, de vertidos, de aguas subterráneas, constituyen alguno de los cambios institucionales que pueden operarse en la dirección apuntada.

La maximización del valor de los recursos del territorio lleva a que en el abastecimiento de energía se tengan en cuenta las peculiaridades de la zona con el fin de, en la medida de lo posible, sustituir las energías «duras» por las «blandas», como la eólica, la solar, la de las mareas, o la geotérmica. Cada región cuenta con sus propias posibilidades y deben ya ser aplicadas la investigación y la tecnología hacia la utilización de los recursos con miras energéticas, produciendo así una energía natural adaptada, en lugar de las modalidades altamente contaminantes o peligrosas hoy en uso.

La utilización de los recursos debe, pues, propender a que sea cada vez más cerrada, a que permanezca en la órbita de la zona más tiempo y reciba en ella más transformaciones. En esta línea tiene importancia la recuperación de los productos ya utilizados. La palabra desecho debe ser olvidada, ya que la técnica debe propiciar la nueva entrada de los residuos en el proceso. Existe una gran riqueza en los desechos domésticos, en las escombrosas minerales y en otras fuentes potenciales de aprovechamiento que no deben ser desperdiciadas y que contribuirían al mayor autoabastecimiento de la zona. El caso de los desechos domésticos es bien claro, ya que de los mismos pueden extraerse múltiples recursos, como sustancias minerales, papel, cristal, así como abonos agrícolas e incluso constituyen una eficaz fuente energética mediante su incineración.

Debe insistirse en la importancia de las comunicaciones humanas dentro de la planificación ambiental, ya que ellas contribuyen a que el campesino puede desprenderse de esa sensación de soledad y aislamiento que conlleva la vida rural. La creación de centros de recreo, culturales, etc., puede contribuir a ese fin debiendo destacarse la gran importancia ambiental que poseen las discotecas que en los últimos años se han instalado a lo largo y ancho de nuestras zonas rurales, como instrumentos de comunicación de las generaciones rurales jóvenes procedentes de pueblos distintos.

Como puede deducirse de lo anterior, las acciones que pueden emprenderse requieren en ocasiones muy poco coste económico, en tanto que sus resultados positivos pueden ser muy profundos. Otras veces, el coste requerido es ingente, como en el de la transformación de las fuentes convencionales de energía. En estos casos se precisan acciones internacionales, algunas en curso ya, que permiten allegar una masa notable de recursos económicos. Se trataría entonces de centralizar el esfuerzo para descentralizar los resultados. Someter la acción internacional a una obra común, con el fin de que los efectos pudieran adaptarse a cada región por pequeña que fuera, para que pudiera aprovechar con escaso coste sus propios medios energéticos.

Finalmente, existe un tercer grupo de iniciativas que requerirían la aplicación de lo que Schumacher denomina «tecnología

intermedia», aquella modalidad tecnológica que ayuda al hombre, pero que no le expulsa de su trabajo como hace la moderna. Es «una tecnología hecha con las manos», que provoca un aumento de la capacidad de trabajo del hombre y un incremento del empleo, pero no ficticio, sino indefinidamente aferrado al medio natural en que se desenvuelve. En Inglaterra existe un centro pluridisciplinar dedicado a la creación de esta clase de tecnología. Su finalidad es ayudar a los países subdesarrollados con miras a un desarrollo que no se base en la introducción de la moderna industria, sino en la aplicación de métodos de trabajo que aumenten la productividad y den empleo a mayor número de personas. El desarrollo se produce así más lentamente, pero también de forma más consistente, más aferrado a la idiosincrasia de cada país y de cada zona, y queda a salvo así de los avatares de la crisis, el paro o la destrucción del medio ambiente. Una frase de Mao Tse-Tung ilustra esta forma de tecnología:

Id a la gente práctica y aprended de ellos; luego sintetizad su experiencia en principios y teorías; finalmente, retornad a la gente práctica para que utilice estos principios y métodos para resolver sus problemas y lograr la felicidad.

El resultado teórico de la planificación ambiental en el ámbito rural debe ser el nacimiento de una comunidad identificada con su medio ambiente. Puesto que dependen de él, aprenderán a respetarlo. El éxito en esta empresa producirá el efecto de que el campesino no necesitará salir de su tierra al estar plenamente integrado en ella. Al recibir un mínimo de los servicios que se prestan en las grandes ciudades no se sentirá atraído por el modo de vida de éstas. Su carácter conservador la empuja naturalmente a aferrarse a lo suyo. No necesita más que una mejora en la calidad de la vida, que la planificación ambiental puede propiciar, para que nunca más sienta necesidad de abandonar su tierra. Se evitará así el abandono del campo, la desertización. Y el hombre que lo habita no sólo se sentirá más cerca de su entorno natural, sino también de sí mismo. Porque podrá conservar sus peculiaridades, sus costumbres, sus tradiciones, y no

olvidará su propia historia. Evitará la devastadora despersonalización de la ciudad, y volverá a percibir algo que el ciudadano tiene ya olvidado: la importancia de su propio ser y el sentido de su colocación en el orden del universo. Y quizá la planificación ambiental signifique el primer paso en el camino de la devolución del hombre occidental a sí mismo, el retorno de los valores que la civilización le ha arrancado gota a gota en los últimos años.